

La Entrevista

Por: Caridad Zayas

En Santa Clara, cerca del Obispado, vive Laura María Fernández Gómez cuya existencia, en gran medida, se sustenta en el seguimiento a Cristo y el anuncio del Reino a través de opciones y proyectos que conduzcan al encuentro con Jesús.

Por esta razón, *Nosotras* se acerca a esta ingeniera civil de profesión y comunicadora para conocer sobre su vocación evangelizadora y su labor en distintos ámbitos culturales y sociales.



Entre sus cualidades se destacan, fundamentalmente, su fidelidad a Cristo y a la Iglesia cubana así como su entrega y compromiso. ¿En qué momento de su vida comenzó su seguimiento a Jesús y cómo esta búsqueda se va reflejando en su hacer?

Soy solo alguien que, como tantas otras personas, quiere ser fiel a Cristo y a la Iglesia.

Nací en Chambas, antigua provincia de Camagüey, hoy de Ciego de Ávila. Mi madre fue una mujer de mucha fe, de piedad popular. Ella nos inculcó la devoción a la Virgen de la Caridad y la caridad con el prójimo; era una mujer sembradora de paz y reconciliación. Mi padre también creía en Dios, él era masón; una típica familia cubana antes de 1959.

Entre mis primeros recuerdos está el ir a misa con mi mamá, bien temprano en la mañana todos los domingos, íbamos a un asilo cercano. En nuestro hogar residía también una hermana de mi padre, la tía Benicia, que fue un ejemplo de dedicación y amor por la Iglesia.

Cuando nos trasladamos a Santa Clara vivíamos en El Condado, un barrio muy popular, y luego comencé a participar en la parroquia Santa Clara de Asís, hoy Catedral. Hasta este momento esa es mi comunidad. Soy fruto de la vida parroquial.

Realicé mis estudios primarios en una excelente escuela pública que tiene una historia singular. A finales del siglo XVIII el Padre Hurtado de Mendoza, uno de los próceres de Santa Clara fundó la escuela gratuita Nuestra Señora de los Dolores. En 1841 se construyó una nueva escuela en el mismo sitio, con el nombre de Escuela Pía. Desde hace muchísimos años lleva el nombre de Padre Hurtado de Mendoza, pero todos le siguen diciendo Escuela Pía. Allí encontré maestras magníficas quienes además de enseñarme, me trataron de educar.

Fue muy importante para mí, la vida de grupo y la preparación recibida como aspirante a la Juventud Católica. Era la primera formación que recibía, aparte de la homilía dominical desde mi primera comunión. Enseguida hice amistades en el grupo e íbamos juntos a dar catecismo en un barrio y a la fiestecita el sábado por la noche. Los temas eran de formación humana y social. Todavía recuerdo un encuentro al que asistí en Cienfuegos, que entonces era la cabeza de la diócesis. Salíamos entusiasmadas a trabajar por Cristo y por la Iglesia. Creo que ahí fue el comienzo del seguimiento a Jesús, y en los años difíciles pero felices que vinieron después, comencé a sentir como mía a la Iglesia; mía no solo como pertenencia y testimonio sino también responsable, por así decirlo, de su supervivencia y su acción. Y esa es la raíz del trabajo que realizo, que a veces sale mejor y a veces no tanto.

Usted es la Secretaria Ejecutiva de la Comisión Nacional de Comunicación de la Iglesia Católica. ¿Por qué se crea esta Comisión y qué acciones fundamentales realizan para el logro de sus propósitos?

La Comisión se crea para facilitar la comunión y participación de los comunicadores católicos de Cuba. Se integran experiencias e inquietudes; se orienta el empleo de los recursos disponibles en la trasmisión del mensaje cristiano y se promueve la formación de los que laboran en los medios de comunicación.

Desde hace varios años se realizan encuentros nacionales de comunicadores integrando a los que trabajan en el mundo del audio visual, en prensa escrita, en las redes digitales, y en la informática propiamente dicha.

Hace poco tiempo terminó un Diplomado para comunicadores auspiciado por el Pontificio Consejo para las Comunicaciones y por el Departamento de Comunicación y Prensa del CELAM. Este curso por encuentros formó un grupo de comunicadores que nos da mucha esperanza para realizar la misión de evangelizar con nuevos lenguajes y desde nuevos lugares en la red.

Todo esto no lo hace la Comisión propiamente dicha, facilitamos y apoyamos las iniciativas de la Asociación Católica Mundial para la Comunicación -SIGNIS-, a la que se acaba de integrar la antigua Unión Católica de Prensa y la Red Informática de la Iglesia en América Latina -RIIAL-.

¿Qué vínculos la unen a la revista Amanecer?

Fui una de las fundadoras de *Amanecer*, revista de la diócesis de Santa Clara y para sorpresa mía y de otros, me encomendaron su dirección. En enero del próximo año cumpliremos veinte años de vida. *Amanecer* es mi lugar especial de misión evangelizadora. Como siempre que se ama a alguien o a algo, me hace sufrir y disfrutar. Pero no es mía, es en primer lugar de la diócesis y de todos sus colaboradores, desde el Asesor hasta los que la distribuyen, incluyendo a los que envían materiales, fotos, ideas y sugerencias.

Su apoyo a las actividades parroquiales, comunitarias y a los jóvenes en la diócesis de Santa Clara es muy valorado.

¿Pudiera contarnos alguna experiencia particularmente significativa para usted?

Soy miembro de la parroquia de la Catedral. He sido allí catequista de niños, de jóvenes y de adultos. Todavía soy catequista de jóvenes y esa experiencia ha sido fundamental para entender muchas situaciones que estamos viviendo, y saber qué sienten y sueñan las nuevas generaciones así como los problemas que tienen que enfrentar, y de los que muchas veces no se habla. ¡Ellos de verdad me hacen feliz!

Una experiencia distinta ha sido la de las clases de cocina para jóvenes que hemos tenido los veranos en mi casa. He enseñado a cocinar y degustar platos que nunca habían probado; también a poner la mesa y a usar los cubiertos. Creo que todos nos hemos divertido.

Un mensaje para *Nosotras* y sus lectores.

Desde que oí hablar de una publicación católica para mujeres, me gustó mucho la idea. Siento a *Nosotras* como una amiga, es diversa y entretenida. Creo que puede ayudar mucho a dar pistas para evangelizar el ambiente del hogar y del barrio, que tan importantes son. Así es que solo les puedo decir: ¡sigan adelante, aunque se presenten dificultades sigan adelante!

Siempre he estado orgullosa de ser mujer. Nunca he querido ser igual a ningún hombre, no somos iguales, ni lo seremos nunca. Nosotras somos la maternidad, el mayor regalo que Dios nos ha dado; somos la intuición, la ternura; no hay motivos para envidiar nada a nadie, sino para agradecer los dones que el Señor nos ha entregado.

¿Planes futuros?

Continuar la preparación de mis hermanos en Cristo para llevar a cabo la misión evangelizadora.